



ACTO TERCERO,

Gran salón en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillón.

ESCENA I

ENRIQUE VIII. CROMWELL.

(El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salón.)

Crom.—Escribe: acaso se ocupa
En teológicas cuestiones:
Es en verdad muy extraño
El carácter de este hombre;
Tal vez está refutando
Aquel inmenso librote
De los Siete Sacramentos
Que escribió él mismo; ¡oh pasiones,

Cómo jugáis con los reyes!
De católico, tornóse
En protestante: mañana,
Si lo exigen sus amores,
Defenderá el Alcorán.
Bien, así te quiere Cromwell.

Enr.—(Viéndolo.)

¡Oh, Cromwell! ¿ya estás aquí?
¿Están cumplidas mis órdenes?

Crom.—Sí, señor, ya se hallan presos
Los cuatro gentiles-hombres
De la reina.

Enr.—Bien; ¿quién falta?

Crom.—Falta solamente el conde
De Rochford: no está en palacio;
Pero irá pronto á la Torre,
Porqué los guardias le buscan.

Enr.—¿Qué dice el pueblo de Londres,
De la prisión de la reina?

Crom.—Todos, señor, reconocen
Vuestra justicia.

Enr.—(Mirándolo fijamente.)

¿Me adulas?

Crom.—(Bajando los ojos.)

No, señor.

Enr.—¡Cuidado, conde!
¿Y Lady Seymour, qué hace?

Crom.—Lady Seymour es tan joven,
Tan tímida, que sin duda
La habrá aterrado este golpe
De justicia. ¿Lo creeríais,
Señor? Ha llorado.

Enr.— Cromwell,
Haz que venga á mi presencia:

Preciso es que sus temores,
Con la dulzura se calmen.

Crom.—La inocente no conoce
Su bien: el trono la asusta.

Enr.—Pronto probará sus goces.

Haz que citen á los pares
Que la cámara componen,
Para decidir la suerte
Hallarás en esta lista.

(Le da un papel.)

Crom.—Se hará como lo dispone
V. M. (Leyendo.) “El duque
De Norfolk preside.” Este hombre,
Aunque es tío de la reina,
Está irritado, y supone
Que el crimen es cierto. ¡Bien!
“Suffolk, Worcester, el conde
De Derby, Tomás Andley,”
Este es mi criatura, “Morley,
Chinton, Cobhan, Windsor, Sands,
Mordaut, Dacres el lord Pouiviz.”
¡Bien, muy bien! La mayoría

Es excelente. ¡Oh! ¿el nombre
De Northumberland también?

(Tanto mejor: este conde
Es amante despreciado;

Se vengará de ella.)

Enr.— Cromwell,

¿Qué te parecen los jueces?

Crom.—Pienso que todos conocen

Su deber: todos son rectos.
 Enr.—Que se circulen las órdenes
 En el instante; y no ovides
 Que vengan aquí Juana, conde. (Váse.)

ESCENA II

CROMWELL,

Vuela, navecilla mía
 Con viento en popa. ¡Qué júbilo!
 Ha llegado en fin el día
 Que tanto tiempo anhelé!
 Mira ya, reina orgullosa,
 Cómo esté plebeyo misero,
 Que tú hollaste desdeñosa,
 Hoy derriba tu poder.
 Bajo mi triunfante planta
 Te mirará el mundo atónito:
 Así el genio se levanta
 Ayudado del rencor.

Vamos, nueva soberana,
 Ocupad el trono espléndido;
 ¡Mas, cuidado, hermosa Juana!
 ¡Cuidado, que aquí estoy yo!
 ¡Cuánto he trabajado, cuánto!
 ¡Lady Seymour es tan tímida!
 Fué preciso al ver su llanto,
 Esforzarme á no reir.
 ¡Es tan niña todavía,
 Tan inocente, tan cándida!

Mas con la experiencia mía
 Será una gran reina, sí.

ESCENA III

CROMWELL, ROCHFORD.

Roch.—A buscaros he venido
 Hasta palacio, milord.
 Crom.—También yo os busco, señor;
 Encontraros dicha ha sido,
 Y de no haberos hallado
 Ciertas gentes que mandé,
 Me admiro: acaso....

Roch.— No sé:
 Ya nos hemos encontrado;
 Mi nombre y el de mi hermana
 Habéis manchado, traidor;
 Yo soy un hombre de honor,
 Y ella vuestra soberana.
 Al rey quejarme no quiero,
 Porque caballero soy,
 Y á vengar mi nombre voy
 Sólo como caballero.
 En vuestra casa os busqué,
 De ella hace poco salí:
 Pensé que estabais aquí,
 Y por fin os encontré;
 Y supuesto que infamáis
 A quien vale más que vos,
 Pronto veremos por Dios,

Si con valor os mostráis,
 O si para vuestra mengua,
 Para vuestra confusión,
 Tenéis corto el corazón
 Y larga sólo la lengua,
 Porque un hombre para hablar
 Debe primero saber
 Si puede al fin sostener
 Lo que quiere aventurar;
 Ni vuestra clase elevada,
 Nada os podrá garantir,
 Porque también sabe herir
 En los ministros mi espada.
 Dadme una satisfacción.

Crom.—Hablares más despacio:
 Ved que ahora estáis en palacio,
 De aquí vais á la prisión;
 Pero si acaso, después
 Que os absuelvan, deseais.

Roch.—¡A una prisión! ¿os burláis?

Crom.—No, señor, la verdad es;
 Pero cuando más un día
 Estaréis con vuestra hermana.

Roch.—¿Está presa también Ana?

Crom.—No hace una hora todavía:
 Viendo estoy que no sabéis
 Lo que en palacio ha pasado:
 Toda la escena ha cambiado,
 Señor conde, ya lo veis.
 Privada de libertad,
 A mi pesar, vuestra hermana,
 Y una nueva soberana,
 Según se dice....

Roch.— ¡Callad!

Crom.—Guardias.

Roch.— Sin duda el infierno,
 Hombre inicuo, te abortó,
 O á la tierra te mandó
 En su cólera el Eterno.
 (Aparecen en la puerta los guardias.)

Crom.—Os perdono: con razón
 Habláis, señor conde, así.

Roch.—¡Huye, apártate de mí,
 Ministro de maldición!

Crom.—Como ministro, la ley
 Debo á mi pesar cumplir;
 Yo la quisiera eludir;
 Pero así lo manda el rey.
 Una ocasión vuestro labio
 En público me ultrajó;
 Mas no la recuerdo, no,
 Yo sé olvidar un agravio.
 Y que, en fin, en realidad
 ¿Qué venía á ser todo ello?
 Nada: que yo era plebeyo.
 Y bien, esa es la verdad.
 Pero ved, señor, la suerte
 Qué injusta fué con los dos:
 Yo estoy junto al trono, y vos
 Tal vez cercano á la muerte.
 Pero si mi valimiento...

Roch.—¡Y lo puedo tolerar! (Quiere sacar la espada: Cromwell hace una seña á los guardias, que lo sujetan.)
 Vamos, llevadme á espirar

En un potro de tormento,
 ¡Sí, del abismo el horror!
 Prefiro al verte, malvado!
 Crom.—Seréis, señor, bien tratado,
 Porque sois "hombre de honor."
 Roch.—Sólo así puedes tener
 Tanta audacia; si estuviera
 Libre yo, temblar te viera
 Como cobarde mujer.
 Haz que me maten, traidor:
 Pues si me librara un día,
 Tu sangre no bastaría
 Para saciar mi furor.
 Ni quedar impune creas,
 Aunque muera yo, malvado,
 Que el cielo por fin cansado...
 Crom.—Llevadle.
 Roch.— ¡Maldito seas! (Váse)

ESCENA IV

CROMWELL

Señor conde, este es mi día;
 Yo el vuestro sufrí con calma;
 Fortuna es tener una alma...
 Una alma... como la mía.
 Es preciso activo ser;
 Hay mil cosas que arreglar:
 Una reina que quitar,
 Otra reina que poner.

¡Pueblo, pueblo, qué lecciones!
 El rey juega con las leyes,
 Los ministros con los reyes...
 ¿Y lo sufren las naciones? (Váse.)

ESCENA V

ISABEL PRESTON Y UN PAJE

Isab.—Decid á S. M.
 Que de parte de la reina
 Vengo á verle.
 Paje.— ¿Vuestro nombre?
 Isab.—Isabel Préston. ¡Oh! quiera,
 (Váse el paje.)

Quiera el cielo bondadoso
 Que la triste Ana Bolena
 Recobre el favor de Enrique!
 ¡Quién de tan duro se precia,
 Que al ver á esta hermosa joven
 Tan inocente y tan bella
 En aquella obscura torre,
 Llanto de piedad no vierta?
 Tal vez esta triste carta,
 Esta carta cuyas letras
 Están regadas con llanto,
 La gracia del rey le vuelva.
 Gran Dios, extiende tu mano:
 Dale á mis palabras fuerza.

ESCENA VI

EN DQUE VIII, ISABEL PRESTON.

Enr.—Lady Préstón, bien venida.

Isab.—Ojalá que en hora buena
Llegase, señor.Enr.— Decid,
¿Qué os conduce á mi presencia?Isab.—Permitid que de rodillas
Os haga, señor, entrega
De esta carta.

Enr.— Levantad.

Isab.—No, gran rey: también mi lengua
Por la verdad, animada,
La verdad, no la elocuencia,
Quiere, si acaso es posible,
Dar á esa carta más fuerza.

Enr.—Levantad, os lo suplico.

Isab.—V. M. lo ordena.

Enr.—¿Qué carta es ésta?

Isab.— ¿Es posible

Que desconozcáis la letra,
La letra que en otros días
Hizo palpitar con fuerza
Vuestro corazón amante?
Abrid la carta, y en ella
Veréis el idioma santo
Con que la verdad se expresa.
Es de vuestra fiel esposa,
De la triste Ana Bolena.

Enr.—¡Fiel!

Isab.— (Hincándose.)

Si, señor, yo lo juro
Por ese Dios cuya diestra
Al calumniador castiga;
Lo juro por mi existencia,
Por cuanto hay de más sagrado
En el cielo y en la tierra.

Enr.—Levantaos.

Isab.—(Levantándose.)

Yo he vivido
Ha mucho tiempo con ella:
Sus costumbres, sus palabras,
Sus acciones más secretas
He presenciado, y repito
Que es imposible hallar pruebas
Del crimen que se le imputa:
Que la atroz maledicencia,
Y la envidia y la venganza
Por todas partes la cercan.
Y, sin embargo, á excepción
De una que otra ligereza
Excusable, que ni crimen
Ni aun falta llamarse pueda,
No hallarán en su conducta
Sino verdad y pureza.
Por desgracia en todas partes
Se alza el odio contra ella,
Porque en su nombre, señor,
Se han cometido violencias.
Cuando el huracán combate
A esta flor cándida y bella,

Que ninguna voz se alza
 Para tomar su defensa;
 Cuando entre prisiones gime
 Sin un amigo siquiera,
 ¿No le tenderéis la mano?
 ¿En su favor no resuena
 Alguna voz en el fondo,
 Señor, de vuestra conciencia?

Enr.—Basta, Lady Préstón, basta;
 Nada ya que hacer me resta:
 La cámara va á reunirse;
 Ella dicte la sentencia.

Isab.—Pero, señor...

Enr.— Basta, digo,
 Y á la triste Ana Bolena,
 Esto mismo que os he dicho
 Repetidle por respuesta.
 Guárdeos Dios.

Isab.— ¡Desventurada!
 Ningún recurso le resta:
 Sólo Dios le hará justicia.
 ¡Temblad, reyes de la tierra! (Váse.)

ESCENA VII

ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento
 Turba mi serenidad?
 ¿Es el amor? ¿la piedad?
 ¡Acaso el remordimiento!

¿Puedes juzgar con razón
 Que Ana Bolena es perjura,
 Enrique? ¿Quién lo asegura?
 Registra tu corazón.
 No; tu capricho es la ley,
 Hablan sólo tus pasiones,
 ¡Y hay un Dios que las acciones
 Juzgará por fin del rey!
 Quisiera salvarte, Ana;
 Pero es á mí superior
 Este frenético amor...

ESCENA VIII

ENRIQUE VIII, JUANA SEYMOUR,
CROMWELL.

Crom.—Aquí está la hermosa Juana.
 Enr.— Llegad, bella Juana,
 Dejad el temor:
 Temeis mi presencia?...

Juana.— ¡Oh! temerla, no;
 Pero....

Enr.— ¿Tiembblas, Juana;
 Qué amable candor;
 Más hermosa eres
 Que el brillante sol:
 Siéntate y escucha
 Tranquila mi voz.

Juana.— ¿En vuestra presencia?

Enr.— Sí, lo mando yo.

Crom.—El rey os lo manda,
Y es vuestro señor.

Juana.—Obedezco.

Enr.— ¡Oh, Juana!

De mi corazón

Los ocultos senos

A mostrarte voy.

Joven, yo te amo;

Pero esta pasión

No es de afecto débil:

Centella veloz;

Es un incurable

Frenético ardor:

Te amo, como aman

Las flores al sol,

A la madre el hijo....

¿Mas qué digo? No,

Para lo que siento

No hay comparación.

¡Te amo, como ama

El ángel á Dios!

¿Ves de esa corona

El regio fulgor?

¿Ves ese respeto

Que una gran nación

Me tributa? ¡Oh, Juana!

Por el esplendor

De tus ojos bellos

Los trocara yo!

Sí, por un cayado

De humilde pastor

Dejara mi cetro,

Si tu corazón

En cambio me daba

Dulcísimo amor!

Respóndeme, Juana,

Responde á mi voz.

Juana.— Señor, no merezco....

Enr.— No digas, señor,

Que tú eres mi reina;

Yo tu esclavo soy.

Ha llegado el día

Que el cielo marcó

Para que ocuparas

Un puesto mejor.

De simple vasalla.

No es tu condición:

Sube al trono augusto

Que te brindo yo.

Juana.— (Levantándose.)

¡Un trono! ¡Qué escucho!

¡Un trono! ¡Gran Dios!

Siento arder mi frente.

Jamás la ambición,

Jamás, pobre Juana,

En tu pecho entró:

Y ahora... de improviso...

Tal declaración...

Me parece sueño;

No sé dónde estoy.

Crom.— (A la simplecilla)

Le falta valor;

Preciso es que acuda

En su auxilio yo.)

Señor, la sorpresa
Embarga su voz;
Mas tantas bondades
Pagará su amor.
Enr.— ¡Oh! mirala, Cromwell!
Con su agitación,
Sus vagas miradas,
Su hermoso color,
Parece á mis ojos
Celeste visión.
Fantástica forma
Que un mago invocó:
¡Oh, sueño brillante
De dicha y amor!
¿Juana, di, me amas?
Juana.— Pero... sí... ¡Gran Dios!
¡No sé lo que digo!
Crom.— ¿Lo escucháis, señor?
Os ama.
Enr.— Bien, basta:
En otra ocasión
Hablarán sus labios
Sin tanto rubor.

ESCENA IX

Dichos, UN PAJE.

Paje.—(Anunciando.)
El conde de Northumberland.
Enr.—Que pase. (Váse el paje.)
Y tú, joven hermosa, te retira:

Nos veremos después; pero entretanto
Recibe de mi mano esta sortija.

(Se la pone.)

Juana.—Gracias, señor.

Enr.— ¡Oh Cromwell! más que
Siento arder en amor el alma mía.

ESCENA X

ENRIQUE VIII, ENRIQUE PERCY.

(que entra al salir Juana y Cromwell.)

Enr.—Llegad, mi querido conde:
Tengo gran placer de veros,
Sabéis que os aprecio.

Percy.— Yo
Tanta bondad agradezco;
Mas hoy, señor, á quejarme,
Y sólo á quejarme vengo.

Enr.—¿De quién, conde?

Percy.— De vos mismo.

Enr.—¿De mí mismo? no os entiendo.

Percy.—Bien sabéis, señor, que antes

De subir al trono excelso

Vuestra infelice consorte

(Que gime hoy en un encierro)

Fué mi esposa prometida.

Enr.—Bien lo sé, conde, y sobre esto

Quiero, como os dije ya,

Ciertas preguntas haceros.

Proseguid.

Percy.— Yo amé á esa joven:
 La amé con tan grande afecto,
 Qué es difícil describirlo,
 Más difícil comprenderlo;
 Pues decir que la adoraba,
 Que ella fué el primer objeto
 Que encendió en el alma mía
 De amor el sagrado fuego,
 Que mi luz eran sus ojos,
 Su sonrisa mi recreo,
 Mi cielo su frente pura,
 Y mi música su acento,
 Son débiles expresiones
 De lo que sintió mi pecho;
 Que hay cosas que no se explican
 En el humano dialecto.
 Sólo en Ana estaba fijo
 Sin cesar mi pensamiento,
 Como en la estrella del Norte
 Los ojos del marinero:
 De día era mi esperanza,
 Mi ocupación, mi embeleso,
 Y de noche embellecía
 Mis dulcísimos ensueños.

Enr.— ¡Mucho la amabais!

Percy.— ¡Oh! tanto,
 Que no basto á encarecerlo.
 Mi alma entonces se gozaba
 En un porvenir risueño,
 Que se dispó cual humo
 Á los impulsos del viento:
 Vos, señor, arrebatasteis

Todos mis goces á un tiempo;
 Todo, pues, en esa joven
 Se cifraba mi unáverso.
 Se ofuscó la desdichada
 Con el esplendor del cetro,
 Y por ocupar el solio,
 Olvidó mi amor sincero:
 Este amor era tan puro,
 Tan fino, tan verdadero,
 Que si perderle sentía,
 Me consolaba á lo menos
 La idea de que era un trono
 De sus virtudes el premio.
 Su dicha, señor, su dicha
 Era mi mayor anhelo,
 Aunque yo sufriera en cambio
 Una vida de tormentos.
 Subió Ana Bolena al trono
 Entre públicos festejos;
 Yo, triste y desesperado,
 Partí para mi destierro.
 ¿Qué me importaba la corte,
 Músicas, bailes y juegos,
 Si el alma del alma mía
 Me arrebataron los cielos?
 Así he vivido, señor,
 Rogando siempre al Eterno
 Que sobre Ana derramase
 La dulce paz y el contento.
 ¿Y pensáis que el que la ha amado
 ¡Oh gran rey! con tal extremo,
 Pueda tornarse en verdugo?
 (Saca un papel.)

Al ver este nombramiento
 Que de recibir acabo
 Para ser juez...; vive el cielo,
 Señor, que toda mi sangre
 Sentí en mis venas ardiendo!
 ¿Pensáis...? Pero no sois vos,
 Es el ministro perverso
 Que ha dirigido esta trama;
 El solo quien ha supuesto
 Que Enrique Percy podría
 Abrigar un sentimiento
 Innoble, y que se prestase
 A sus infames deseos.

Enr.— ¡Conde!

Percy.— Si, señor; suponen
 Que aquel pasado desprecio
 De mi amor, á la venganza
 Conduzca mi airado pecho.
 Por Dios que no me conoce
 Quien tal infamia ha supuesto.
 Regístrense los anales
 De mi familia, y en ellos
 Se verán, señor, virtudes,
 Heroicidad, altos hechos,
 Y en muchas generaciones
 No se encontrará un ejemplo
 De bajeza, ni una mancha
 Que empañe su brillo terso.
 De Northumberland los condes,
 Nobles siempre y grandes fueron;
 Y yo que heredé su nombre,
 También sus glorias heredo.

Aquí está, señor, mi espada
 Pronta para defenderos;
 Si es necesaria mi sangre,
 También, señor, os la ofrezco;
 Pero mostradme enemigos
 Dignos de mi noble esfuerso,
 Empresas grandes mandadme,
 Que esta mano y este acero
 Ni subscriben una infamia,
 Ni hieren al indefenso.
 Nombrad para juez á otro;
 Países hay en vuestro reino,
 Que con pureza y justicia
 Desempeñen este empleo,
 Sin tener para rehusarlo
 Los motivos que yo tengo.
 Pero querer que el amante
 Se convierta en juez severo,
 Y que en su alma resuciten
 Antiguos resentimientos,
 Es pretender que mi nombre
 Se cubra de oprobio eterno.
 Dispensadme.

Enr.— Os he nombrado
 Porque sois, conde, muy recto
 Y el triunfo de la justicia
 Es lo único que deseo.
 Pero dejando esto á lado,
 Decid, conde, ¿en aquel tiempo
 Que amasteis á esa infelice,
 Hubo acaso de por medio
 Esponsales?

Percy. No, señor;
 Fué un solo sencillo afecto;
 Ni otro lazo nos unía,
 Que un amor puro y sincero.
 Enr.—Aceptad, pues, os repito,
 Aceptad el nombramiento,
 Sed superior á las voces
 Del amor; así lo espero.
 Este es un servicio, conde,
 Que le haréis á todo el reino.

(Váse.)

ESCENA XI

PERCY.

¡Qué calma! ¡Qué sangre fría!
 ¡Y pudo el rey un momento
 Imaginar que su intento
 Apoyase la voz mía?
 El nombramiento de juez
 Acepto, ¡oh desventurada!
 La verdad será escuchada,
 Y te salvaré tal vez.
 Si: será tu defensor
 El mismo á quien despreciaste:
 Hoy que del trono bajaste,
 Hoy te sostendrá mi amor.
 ¡Ah! si te puedo salvar,
 Si hago respetar la ley,
 Aprenda de mí ese rey

Cómo se debe portar.
 No me importa su furor;
 Adule otro con bajeza;
 Yo perderé mi cabeza,
 Pero salvaré mi honor.

